

A. J. RYAN

NIEBLA

ROJA

minotauro

NIEBLA  
ROJA

A. J. RYAN

minotauro

*Niebla roja*

Originally published as *Red River Seven*

Copyright © 2023 by Anthony Ryan

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Benavent, 2024

Diseño de cubierta: Ellen Rockell – LBBG

Imagery derived from Shutterstock

ISBN: 978-84-450-1474-5

Depósito legal: B. 13.066-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

# CAPÍTULO UNO

Lo despertó el grito más que el disparo, pues no era humano.

Sabía que había habido un disparo, pues el eco familiar que ya se disipaba le resonaba en los oídos mientras alzaba la cabeza. Le escocían los ojos con una mezcla de sal y llovizna, y parpadeó. El grito volvió a sonar cuando se movió para presionar las manos contra el frío metal recubierto de goma, empujando contra una superficie que se agitaba y se balanceaba. Buscó de dónde procedía el grito, tan insistente y agudo que le provocó una punzada de dolor que le atravesó el cráneo. Tras parpadear un poco más, logró enfocar a lo que clamaba, y confirmó su procedencia no humana.

La gaviota ladeó la cabeza hacia él y una fría brisa agitó sus alas mientras se aferraba a la barandilla y su cuerpo se balanceaba como si se preparara para algo. Se preguntó si trataba de alzar el vuelo hacia él —las gaviotas podían ser despiadadas—, pero el animal se limitó a volver a abrir el pico amarillo para gritar una vez más antes de expandir unas alas realmente largas y lanzarse a volar. Siguió la trayectoria de su vuelo y la vio rozar el agua con el cuerpo antes de sumergirse en un banco de niebla.

—El mar... —La palabra le raspó la lengua seca antes de brotar de sus labios—. Estoy en mar abierto. —Sin ningún motivo aparente, esto le resultó notablemente divertido, así

que se echó a reír. El tono de su propia risa le sorprendió, y sus ruidosos repiques sin aliento le hicieron descender de nuevo a cubierta mientras se sacudía. «Cubierta», comprendió, mientras su risa se desvanecía. «Estoy en una lancha o en un barco».

Su primer impulso fue levantarse una vez más para examinar su entorno, pero, de nuevo, por alguna razón que no llegó a conocer, no lo hizo. Durante un minuto entero, permaneció acurrucado e inmóvil en cubierta con el rostro a centímetros de la estera de goma. Se le aceleró el corazón cuando trató de analizar la causa de su parálisis. «Tengo miedo. ¿Por qué?». El motivo era tan evidente que le resultó vergonzoso, y se volvió a echar a reír. «El disparo, capullo. Ha habido un disparo. Levántate antes de que se produzca otro».

Rechinó los dientes, se apoyó contra la cubierta y se forzó a ponerse de rodillas. Miró en todas direcciones en busca de amenazas, rastreó las olas cubiertas de niebla, la estela blanca sobre gris que dejaba el barco y el pequeño bote inflable, cubierto por una lona que se balanceaba ligeramente en sus ataduras. «Bote pequeño y barco grande», pensó, y reprimió otra risotada. «Histeria», se regañó, e inhaló profundamente.

Lo que vio al girarse a la derecha hizo desaparecer cualquier vestigio de humor.

El cadáver yacía desplomado contra una pared gris oscuro teñida por el rojo y el negro que habían manado hacía poco del cráneo del muerto. Vestía uniforme y botas; la chaqueta carecía de cualquier tipo de insignia o nombre. Su cabeza caía hacia un lado. Era el rostro de un extraño, aunque el paso de una bala desde la parte baja de la barbilla para perforar la parte superior del cráneo alteraría las facciones de cualquier hombre. Tenía un brazo caído a un lado y el otro apoyado en su regazo, con la mano agarrando una pistola.

—M18, Sig Sauer. —Las palabras fueron un reconocimiento reflejo en voz alta. Conocía esa arma. Era una pistola reglamentaria del ejército estadounidense. Capacidad para die-

cisiete balas. Alcance efectivo de cincuenta metros. Sin embargo, lo más significativo en ese momento fue darse cuenta de que, si bien podía nombrar la pistola, era incapaz de recordar su nombre.

Soltó un gruñido agudo, producto de la confusión, que solo empeoró el dolor. Cerró los ojos con el corazón latiendo más rápido que nunca. «Mi nombre. Mi nombre es... ¡Mi puñetero nombre es...!».

No se le ocurrió nada. Un único vacío silencioso. Como tratar de alcanzar una caja vacía.

«Contexto», se dijo a sí mismo al tiempo que el miedo se rendía al pánico. «Te has golpeado la cabeza. Un accidente o algo. Esto es un sueño o una alucinación. Piensa en el contexto. Un hogar. Un trabajo. Entonces, llegará el nombre».

Resopló por el esfuerzo de intentar recordar al tiempo que las lágrimas le manaban de los ojos, que cerró cada vez con más fuerza.

«Un hogar». Nada.

«Un trabajo». Nada.

«Amantes, esposa». Nada.

«Madre, padre, hermana, hermano». Nada.

Las estrellas brillaban en la oscuridad que veía, pero se negaron a fundirse en cualquier cosa que le resultara familiar. Ni un rostro, ni, por supuesto, ningún nombre.

«Lugares», pensó, y un temblor febril se apoderó de él. «Nombra un lugar. Cualquier sitio... Poughkeepsie. ¿Qué narices? ¿Por qué Poughkeepsie?». ¿Conocía Poughkeepsie? ¿Era de allí?

No. Lo había sacado de una película. Perteneecía a una frase de Gene Hackman. Esa con una impresionante persecución en coche... *The French connection*. «¿Recuerdo frases de películas, pero soy incapaz de acordarme de mi propio nombre?».

Se llevó la mano a la cabeza y se golpeó para infundirse algo de valor, pero se detuvo al sentir la áspera textura del cuero cabelludo. «Rapado», se percató, y se pasó los dedos por la piel, húmeda por las gotas de agua que transportaba el aire del mar.

Sus dedos se detuvieron cuando se posaron sobre una textura distinta, algo arrugado que iba del ojo izquierdo hasta la coronilla. «Una cicatriz».

Pensó en accidentes y en lesiones, pero la idea se desvaneció cuando detectó que la cicatriz era bastante regular, con una rectitud que aclaraba su naturaleza. «Cirugía. Alguien me abrió el cráneo». No notó puntos, lo que significaba que era una incisión sanada. Pero el tacto abultado e hinchado de la herida, por muy limpia que estuviera, le llevó a concluir que no había pasado tanto tiempo desde que le hicieran lo que fuera que le hubieran hecho.

«Operado y luego atrapado en un barco con un hombre muerto». Desvió la mirada hacia el cadáver de nuevo y se quedó mirando, con una morbosidad automática, la materia roja y negra sobre la pared antes de bajar la mirada hacia la pistola. «Pero ha muerto hace unos minutos». Además, mientras se acercaba y luchaba contra las náuseas producidas por una aversión instintiva a las cosas muertas, vio que el desconocido suicida, con su uniforme militar y su arma reglamentaria, también llevaba la cabeza afeitada. Una inspección más detenida de las partes no destrozadas del cráneo mostró una cicatriz lívida que supuso idéntica a la suya.

Mientras retrocedía, notó algo más. Tras dispararse a sí mismo, la muñeca del cadáver había caído sobre su regazo de tal forma que había dejado al descubierto la parte inferior de su antebrazo y la manga se había retirado para revelar parte de un tatuaje. Extendió la mano para coger la pistola en un gesto sorprendentemente rápido, sin vacilar, igual que puso el seguro y deslizó el arma en la cinturilla de su propio uniforme.

«Memoria muscular», reflexionó, y agarró la muñeca del cadáver para apartar la manga y revelar el tatuaje al completo. Era una única palabra, marcada con tinta en la piel con letras claras sin ningún tipo de decoración: CONRAD.

Esperó a que el nombre le resultara familiar, que removiera algo en su interior, que arrojara un poco de luz, pero, una vez más, encontró una caja vacía.

—Cicatriz —musitó en voz alta—. Cabeza afeitada. Uniforme. ¿Qué más tenemos en común, amigo?

Los botones de las mangas de su propia chaqueta militar estaban abrochados y mostró bastante más torpeza al desabrocharlos que al llevarse la pistola del muerto, de Conrad. «¿No quieres conocer tu propio nombre?». Se tragó una nueva oleada de risa y se forzó a ser más preciso con sus movimientos hasta que los botones se desabrocharon y se subió las mangas. También tenía un tatuaje en el brazo derecho con las mismas letras, pero rezaba un nombre distinto: HUXLEY.

—Huxley —dijo con suavidad primero, como un susurro que apenas le llegó a los oídos, y lo repitió en voz más alta cuando solo recibió una caja vacía como respuesta—: Huxley. —Nada—. ¡Huxley! —Nada—. ¡HUXLEY!

Sonó más como un gruñido furioso que como una exclamación, pero no removió un solo recuerdo en su mente; sí provocó una reacción, aunque no por su parte. El sonido provino del interior de la escotilla abierta a la derecha del cuerpo de Conrad; un orificio sombrío que su mente sobrecargada no se había molestado en percibir antes. Los ruidos sonaban amortiguados y eran difíciles de identificar. Tal vez unos pies que se arrastraban levemente seguidos por una breve exhalación, pero no estaba seguro. Lo que era seguro era que él y el desafortunado Conrad no estaban solos en el barco.

«¡Escóndete!». La urgencia fue instintiva, automática. ¿Algo que tal vez pensaría un criminal? O quizá alguien bien sintonizado con la incertidumbre de una situación de supervivencia, porque no tenía dudas de que eso era lo que era. «¿De verdad?», se preguntó. «¿Algún ejemplo que quieras compartir, Huxley? Alguna experiencia relevante no estaría de más en estas circunstancias».

Sin embargo, Huxley solo pudo ofrecerse otra caja vacía.

«No te escondas». Lo que fue capaz de ver del navío hizo evidente que no era demasiado grande, por lo que no había muchos lugares en los que esconderse. Además, quienquiera que se ocultara en la trampa, podría saber quién era él. Mo-

vió la mano hacia la parte baja de su espalda, pero la apartó antes de coger la pistola. Apuntar a la gente con un arma no es la forma más adecuada de hacer amigos.

—¡Eh! —exclamó hacia la trampa; un saludo trémulo, como un gruñido, que no fue muy expresivo. Entre toses, lo volvió a intentar y alzó ambas manos antes de dar un paso hacia la entrada—. Voy a entrar, ¿vale? No voy armado. Solo quiero decir...

La mujer apareció por detrás de un par de asientos acolchados con una pistola Sig Sauer entre las manos, con el círculo negro del cañón apuntando directamente a su cara.

—... hola —terminó, y torció los labios en una ligera sonrisa.

La mujer lo observó en silencio, el tiempo suficiente para que él reparara en algunos detalles. Uno: llevaba la cabeza afeitada y tenía una cicatriz como él y como Conrad. Dos: vestía un uniforme militar sin una sola insignia, como él y como Conrad. Tres: por la forma en la que le temblaba la mano y le aleteaban las fosas nasales por la adrenalina, estaba aterrada y armándose de valor para acabar con él de un disparo.

No supo descifrar cómo se las ingenió para dar con las palabras adecuadas que decir, pero manaron de sus labios con facilidad y tranquilidad, sin un ápice de amenaza, ni súplica, ni nada que la asustara lo suficiente como para disparar.

—No sabes cómo te llamas, ¿verdad? —dijo.

Ella frunció el ceño. La combinación del vestuario militar y la cabeza afeitada dificultaban discernir su edad. ¿Treinta, tal vez más? Vio miedo en su rostro, pero también una aguda inteligencia en esos ojos, que no lograba detener el temblor del arma.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó ella, con un acento de la costa este de los Estados Unidos. Boston, tal vez. ¿Cómo sabía eso?

—No lo sé —respondió, y le mostró el brazo para que viera el tatuaje—. Pero supongo que puedes llamarme Huxley. ¿Cómo te llamo a ti?

Frunció de nuevo el ceño a causa del miedo y sus facciones se crisparon antes de estremecerse y forzarse a controlarse.

—Quédate ahí —dijo, y dio un paso hacia atrás, seguido de dos más.

Mientras ella retrocedía, él miró alrededor del camarote. No había un solo lujo, solo eficiencia militar. Cables encapsulados que recorrían las paredes hacia la cubierta. Otra escotilla a la derecha con una escalera que descendía. Detrás de la mujer armada, la cubierta se elevaba unos centímetros, donde había tres asientos acolchados y vacíos colocados frente a una especie de tableros repletos de monitores y botones, pero sin un volante. «Timón», se corrigió a sí mismo. «El volante de un barco se llama timón. ¿Es que no sabes nada?». Los monitores eran pantallas planas modernas protegidas con una carcasa de plástico duro, sin vida y oscuras, a pesar del evidente hecho de que el barco estaba en marcha y, por lo que deducía, no fuera de control. Más allá del panel de control había tres ventanas inclinadas que mostraban un cielo gris y un mar empañado que se mecía.

—He oído un disparo —dijo la mujer, llamando su atención de nuevo. No dejó de apuntarle con el arma, con un brazo estirado, mientras se desabrochaba los botones de la manga.

—Hay alguien más ahí arriba. —Miró por encima del hombro—. Un desconocido muerto. Parece que se ha suicidado. Según el tatuaje, se llamaba Conrad.

Ella se subió la manga hasta el codo, echó un vistazo al nombre que acababa de revelar antes de pasarse el arma a la otra mano para mostrarle: RHYS.

—¿Te suena este nombre? —exigió saber ella con la voz teñida por una acusación triste que le indicó que estaba bastante segura de la respuesta.

—No más de lo que me suena este. —Mostró su propio tatuaje de nuevo—. Ni Conrad. Lo siento, señorita. Me resultas tan desconocida como yo a ti. Aquí estamos, dos amnésicos en un barco. No creo que apuntarnos con una pistola sea una buena idea si queremos averiguar qué ocurre aquí.

—¿Cómo puedo saber que Conrad se ha suicidado? —preguntó ella con un brillo de sospecha en la mirada.

—No puedes, del mismo modo que yo no sé si le has disparado y has hecho que parezca un suicidio. Después de todo, no he visto cómo sucedía.

Vio que ella se fijó en la cicatriz en su cabeza y movió la mano libre para tocarse la suya.

—Cirugía, ¿verdad? —dijo—. Parece que alguien ha hurgado un poco por ahí arriba.

Despacio, bajó la mano con la que sostenía el arma mientras pasaba los dedos por la cicatriz.

—Hace menos de un mes —añadió, y dio medio paso hacia delante para revisar la herida de él—. A juzgar por su aspecto, tú también.

—¿Sabes de esto? ¿Eres médica? ¿Una cirujana?

La confusión se apoderó de su rostro y el miedo volvió. Su respuesta brotó como un murmullo desesperado.

—No lo sé.

Comenzó a formular otra pregunta, algo diseñado para desenterrar conocimientos médicos, pero el sonido de un grito fuerte e iracundo, proveniente de la escalera, hizo que se dispusiera a coger el arma de Conrad.

—¡No! —Rhys alzó su propia arma de nuevo, con ambas manos en la culata y los dedos en el seguro del gatillo. Él se percató de que era un agarre entrenado, igual que el suyo.

—Relájate, mujer —le pidió.

—¡No me llames así! —Movié el dedo ligeramente—. ¡No lo soporto!

—¿Cómo sabes que lo odias?

Ante esto, ella se detuvo, con la mandíbula tensa y los dientes apretados. «Está metiendo la mano en su propia caja vacía», concluyó, y decidió que sería mejor no darle tiempo a reflexionar.

—Parece que tenemos compañía. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la escalera—. Tal vez deberíamos presentarnos.

Ella se estremeció cuando oyó más voces que venían de

abajo, más fuertes que antes, que se solapaban en un parloteo confuso.

—Tú primero —dijo ella, que bajó la pistola, aunque no del todo esta vez.

La escalera era empinada y estaba diseñada para bajar mirando los escalones, algo para lo que Huxley no estaba preparado. Se agarró a la barandilla con una mano, colocó los pies con cuidado en cada escalón que bajó y, por primera vez, se percató de que llevaba un par de botas militares ligeramente usadas. Sintió la necesidad de sacar la pistola, pero se resistió por la mujer asustada que iba tras él. Si alguna de las personas de la trampilla inferior hubiera sentido la necesidad de dispararle, no habría podido hacer demasiado por evitarlo. Por suerte, estaban todos demasiado preocupados para hacerlo.

—¡Dime! —gruñó un hombre alto y musculoso que tenía el brazo alrededor del cuello de uno considerablemente más bajo. El alto sostenía una Sig Sauer pegada a la sien del otro hombre y la presionaba con fuerza en su carne. No le sorprendió que ambos tuvieran las cabezas afeitadas y las cicatrices de la operación. Igual que las dos mujeres sentadas en unas literas, ambas tensas e indecisas—. ¡Dime quién eres! —El hombre más alto presionó aún más el arma en la cabeza del otro y provocó un grito ahogado en su víctima.

—No lo sabe.

Todos los ojos se volvieron para mirar a Huxley, que estaba a medio camino de la escalera. Las dos mujeres retrocedieron mientras el hombre alto, como era de esperar, encontraba un nuevo objetivo.

—¿Quién cojones eres? —Acento británico, marcado y entrecortado. Un par de ojos severos brillaron por encima de la mira de la pistola; la voz y el arma carecían del temblor incierto de Rhys.

Huxley soltó una carcajada que no cesó hasta completar su descenso de la escalera. Había una mesa baja en un pequeño pasillo entre las literas y dejó su propia arma sobre ella antes de

apoyar las manos y agarrarse con firmeza para forzar que la risa remitiera.

—Señoras y señores —dijo, y se irguió para alzar las manos—, bienvenidos al gran espectáculo del sábado por la noche: *¿Quién cojones eres tú?*, con nuestro presentador, Huxley. —Giró el brazo para mostrar el tatuaje del antebrazo—. Por lo visto. Esta noche, nuestros participantes competirán por llevarse el gran premio de un millón de dólares si saben responder a una simple pregunta. ¿Pueden adivinar cuál es?

Miró al hombre alto en silencio y vio cómo sus rasgos se crispaban con la misma confusión, profunda y agónica, que todos compartían. Con un gruñido, soltó al bajo y lo apartó de un empujón.

—Ha intentado arrebatarme el arma —murmuró el alto.

—Me ha parecido una precaución sensata —añadió el más bajo con un ligero acento que dejaba ver sus orígenes europeos, aunque demasiado envuelto en un inglés fluido como para identificarlo—. Eres el más grande de todos nosotros. —Se pasó una mano por la cabeza antes de desabrocharse los botones de la manga derecha. La subió y reveló un brazo enjuto con un nombre inscrito: GOLDING.

—Plath —dijo una de las mujeres, que mostró su brazo. Ante los ojos de Huxley, parecía la más joven del grupo, pero no por mucho. Al menos, estaría al final de la veintena.

—Dickinson —comentó la otra mujer. Era la mayor del grupo, musculada por el *crossfit* y con los pómulos angulosos.

—Menudo grupo literario —añadió el hombre alto, que extendió su propio brazo para mostrar el suyo: PYNCHON.

—¿Escritores? —preguntó Golding, que se miró el tatuaje con los ojos entrecerrados.

—Sí. —Pynchon pasó un dedo por las letras escritas en tinta en su piel—. *La subasta del lote 49* es un gran libro. Lo sé del mismo modo que sé que el cielo es azul y que el agua moja. Pero no sabría decir dónde o cuándo lo leí.

—Hace que uno se pregunte qué más sabemos —dijo Huxley. Tocó la pistola que llevaba en la cintura y recordó la

facilidad con la que había desgranado su nombre y características. Comenzó a buscar a tientas otro ejemplo, pero Rhys habló primero.

—La capacidad pulmonar de un adulto humano es de seis litros —añadió, y se movió junto a Huxley. Cualquier ápice de camaradería que ese gesto habría supuesto se disipó por la rigidez con la que se cruzó de brazos, con los músculos y las venas marcados bajo la piel. Como Dickinson, estaba tonificada por ir al gimnasio, pero no estaba tan esculpida: mostraba el trabajo de meses en lugar del de años—. Es algo que... sé —añadió, y miró al grupo.

—En condiciones árticas, un ser humano requiere de unas tres mil seiscientas calorías diarias —recitó Dickinson—. El monte Cervino mide cuatro mil cuatrocientos setenta y ocho metros de alto.

Golding siguió e irritó a Huxley con el tono desagradable de su voz:

—Benjamin Harrison fue el vigésimo tercer presidente de los Estados Unidos.

—¿Y el trigésimo cuarto? —preguntó Huxley.

—Dwight. D. Eisenhower.

—El cuadragésimo quinto —exigió saber Plath.

Golding puso una mueca de desagrado.

—No creo que deba decirlo ante una compañía tan agradable.

Pynchon resopló ligeramente, echó un vistazo por el camarote y se fijó en algunos detalles.

—Esto es un Mark VI, un barco patrullero de la clase Wright de la Armada de los Estados Unidos. Tiene un sistema de propulsión por chorro de agua impulsado por dos motores diésel gemelos de cinco mil doscientos caballos. Alcanza una velocidad máxima de cuarenta y cinco nudos y un rango de setecientas cincuenta millas náuticas.

—Lo que me hace preguntarme —dijo Plath, que miró al techo—, ¿quién conduce?

—Nadie —le respondió Huxley—. No hay... timón. Pero está siguiendo una ruta hacia algún lugar.

—Y, ¿dónde?

—En medio del océano. —Huxley se encogió de hombros—. Un océano. Bueno, he visto una gaviota.

—Entonces no estamos lejos de tocar tierra —añadió Golding.

—Eso es una especie de mito —explicó Pynchon—. Las gaviotas pueden volar cientos, miles de kilómetros mar adentro.

—Sabemos todas estas cosas —comentó Dickinson, que habló con decisión tras haber pensado mucho sus palabras—, pero no nuestros nombres. Es evidente que tenemos experiencia y conocimientos. Por lo que parece razonable deducir que nos han metido en este barco por algún motivo.

—Algún experimento enfermizo —sugirió Huxley—. Extirparnos los recuerdos y abandonarnos en un barco con armas cargadas, para ver qué ocurre.

Dickinson negó con la cabeza.

—No veo el propósito de eso.

—Y erradicar recuerdos concretos no es posible —añadió Rhys, que se llevó una mano a la cicatriz y la volvió a bajar—. La memoria no reside en una zona concreta del cerebro. Arrebatar la habilidad para recordar la historia personal sin afectar los conocimientos generales y las habilidades está por encima de cualquier estudio de neurociencia que jamás haya leído. —Cerró los ojos y suspiró—. O creo que he leído. Ahora mismo, no recuerdo haber examinado a un solo paciente ni una consulta médica, pero sé que lo he hecho.

—Conrad podría haber tenido alguna idea —dijo Huxley—. Debe haber un motivo por el que lo ha hecho.

—¿Y quién es Conrad exactamente? —preguntó Pynchon.

—Orificios de entrada y salida donde una esperaría hallarlos. —Rhys se puso de cuclillas para ver mejor el agujero en la parte inferior de la barbilla de Conrad—. Hay quemaduras en la dermis alrededor de la herida. —Le dio la espalda al cuerpo e

inclinó la cabeza ligeramente en la dirección de Huxley—. Si ha sido fingido, es una labor convincente.

—Si lo he matado yo —respondió Huxley—, ¿por qué dejaría el cuerpo aquí en lugar de simplemente lanzarlo por la borda?

—La sospecha es inevitable en estas circunstancias —dijo Dickinson, con el rostro rígido por haber visto el cuerpo—. Y, por lo que sabemos, has sido el primero en despertar.

—No, él ha sido el primero. —Huxley hizo un gesto con la cabeza hacia Conrad—. Pero estoy bastante seguro de que todos estábamos en las literas cuando esto comenzó. —Alzó una segunda pistola que había encontrado en una cama vacía, abajo—. Creo que esta era mía. La he dejado ahí cuando he despertado, me he tambaleado hasta aquí, tal vez siguiendo a Conrad, tal vez no. No recuerdo nada de ello. Lo único que sé es que, cuando me he despertado, él estaba aquí.

—Y, ¿por qué? —preguntó Golding. Se había colocado cerca del bote inflable y Huxley se percató del cuidado con que lo analizaba en busca de algún daño—. ¿No recordar quién era lo llevó a suicidarse?

—Tal vez su reacción ha sido más intensa que la de los demás —añadió Rhys—. Cualquiera que sea el procedimiento al que nos han sometido, ha sido bastante radical, posiblemente incluso experimental. Es comprensible que haya habido efectos adversos impredecibles.

—O... —Huxley posó la mirada en los rasgos muertos y bañados en sangre de Conrad mientras se preguntaba si habría algún tipo de expresión ahí, un ligero ceño fruncido o una mueca en los labios que mostraran desesperanza. O quizá, el rostro de cualquier cadáver era como un test de Rorschach y él veía lo que esperaba ver.

—¿O qué? —intervino Rhys.

—O ha recordado —acabó Huxley—. La operación no ha funcionado y ha recordado por qué estamos en este barco. Si ha sido así, parece que no le hacía ilusión el viaje.

—Esto son todo especulaciones —dijo Dickinson—. Solo

podemos tomar decisiones basándonos en lo que sabemos. Y, lo que es más importante, dónde estamos y adónde nos dirigimos. —Se volvió hacia Pynchon—. De momento, solo uno de nosotros ha dado conocimientos detallados sobre este barco.

Pynchon permaneció de pie en la trampilla, con un brazo voluminoso apoyado en el marco y una expresión de profunda concentración. Hizo un gesto hacia el cielo neblinoso y los bancos de niebla que se posaban sobre las olas bajo el barco y dijo:

—Sin una brújula y sin ninguna gráfica, podríamos estar en cualquier lugar. —Se detuvo, sacudió la cabeza mientras fruncía cada vez más el ceño y añadió en un murmullo suave —: Es extraño que se siga balanceando de este modo.

—Si pudiera ver el sol —dijo Dickinson, que miró el cielo encapotado con los ojos entrecerrados—, estoy bastante segura de que podría estimar nuestra ruta. Basándome en el ángulo de la luz, supongo que nos dirigimos hacia el oeste. Si la niebla desaparece al anochecer, las estrellas nos ofrecerán una estimación de nuestra posición en el planeta. —Señaló más allá de la parte delantera del camarote superior—. ¿Y los controles?

—Venid a echar un vistazo. —Siguió a Pynchon hacia los asientos acolchados. Se inclinó entre ellos para dar unas palmaditas a un panel de metal gris en el centro de los controles. —Un barco patrullero de clase Wright se controla con una palanca de mando y un acelerador situados aquí. Como podéis ver, han desaparecido. Este barco está en piloto automático. —Golpeó las pantallas oscuras con los dedos—. Además, los monitores no funcionan. No hay GPS. Ni brújula. Ni siquiera hay un reloj. He echado un vistazo rápido en la parte superior y hay un sensor líder, que supongo que permite que el piloto automático evite los obstáculos y mantenga una ruta recta, pero no hay ni un radar ni una antena de radio.

—Se supone que no debemos saber a dónde nos dirigimos —concluyó Huxley.

Pynchon frunció el ceño en una forma de afirmación sombría.

—Y no hay forma de cambiar el rumbo.

—¿Y qué hay del bote inflable? —preguntó Golding.

—No tiene motor externo —respondió Huxley—. Supongo que no te has percatado cuando estabas examinando el casco en busca de agujeros. Te apuesto lo que quieras a que, si miras dentro, tampoco encontrarás remos. Así que, a menos que quieras marcharte y flotar por el océano hasta morir de deshidratación, no es un buen plan de escape. Alguien tiene mucho interés en que nos quedemos en este barco.

Un largo silencio se posó sobre ellos mientras se rendían al temor o a la lógica. Mientras veía cómo cada rostro se dejaba llevar más por la segunda que por el primero, Huxley concluyó que, cuando el asalto inicial de aterradora incertidumbre se desvaneciera, estas personas habrían recuperado el tipo; uno con una arraigada resistencia al pánico. Incluso Golding, aunque hubiera echado algunas miradas decepcionadas al inflable inútil, se mostraba más concentrado que estresado. «Elegidos», decidió Huxley. «Seleccionados. Todos nosotros. No estamos aquí por casualidad».

—Dickinson tiene razón —dijo—. Necesitamos aclarar lo que sabemos. No solo sobre este barco, sino sobre nosotros. En especial, qué habilidades tenemos porque, si buscamos un motivo para el porqué, supongo que ahí es donde hallaremos la respuesta.